

**F**ui un niño solitario y tímido. Naci en Rancagua, ciudad que acrecentó la enorme carga de soledad que me acompañó durante mi infancia y gran parte de mi adolescencia.

En aquel tiempo, Fernando había descubierto un juego maravilloso: hacer teatro. El escenario lo había construido entre dos encálices; los actores eran manequines de lana que le confesaban sus hermanas. Pero, cuando trató de entusiasmar a sus amigas, surgió una profunda decepción; ninguno se interesó por ese juego. ¿Dónde estaba el pavo y el ladrón? ¿Dónde las demostraciones de fuerza? ¿Dónde el escaque arbolé? Y se quedó solo, dramatizando con voz alborotada y dolorida, unos extraños libros. Luego su público fueron "las momias" testimoniales de artistas cinematográficos que trataban las cajetillas de cigarrillos "Ideal". Tan pronto terminaba la función corría a redactar la crítica, para lo cual utilizaba una imprenta de juguete con tipos de goma.

—Mi madre fue una amante fervorosa del bájofrío, y mi padre, de las inolvidables series, con sus héroes y heroínas en constante y sensual peligro. ¿Cómo discutíamos las posibilidades de salvación, o cuánto sufríamos con el drama desgarrador de esa pobre madre que ocultaba su nombre bajo el no menos majordomístico de "La Mujer X"? Fue mi madre, también, una lectora infatigable de novelas por entregas, cuyos capiteles trajo el castigo cada viernes con solemnidad de oficio en misa dominical. "Alejandra... o el pecado de una madre", "Facilva o Reina", eran algunas de los folletines de la época que alimentaban mis sueños, polémicas de una humanidad en que la bondad, si bien era recompensada, llevaba previamente una penada tardía de lágrimas y dolores.

Fernando fue un buen estudiante. Cada mañana regresaba a casa, cubierto de mojadas, ciertas maniquíes, estampas religiosas y fijaciones de aplicación. Una tarde, vagando por las dormidas calles de Rancagua entró a la librería "Colón", y burlando encontró una colección de libros cuya firma era algo mejor que la de los cancioneros; el ejemplar costaba un peso y veinte centavos. Era "La escena", colección con títulos fascinantes: "El Gavilán", "El mal que nos hacen" y, de pronto, "La Mujer X". Pero, ¿no era eso el nombre de la película recientemente saboreada, sufrida y satisfecha en medio de un hiper exceso en el viejo cine "Apolo"?

—Tenía yo mis manos, por vez primera, una obra teatral cuya posesión y lectura transformaron por completo mi manera de sentir y de pensar.

Cada semana, primera, cada día, después, compraba más y más de estos libros. Muchos tiempo más tarde él mismo lo confesó que "lo había liberado de un buen cacheo". Hasta que un día descubrió un libro que la sumergió en el mundo alucinante de la poesía; era "Bodas de Sangre", de García Lorca.

—Consciente de que esta vez mi lectura era distinta y podía con ella deslumbrar a mis compañeros y profesores, lo llevé consigo al colegio: los lises, Macul, de Rancagua. Mi profesor de literatura, al verlo, aló su índice acusador, relampaguearon sus pupilas oscuras, y con voz condenatoria me gritó: "Mala, te van a cuestionar".

Fernando tenía nueve años cuando escribió su primera obra teatral: cinco páginas de cuaderna.

—Se la leó a mi madre, y ella me quedó mirando con una bondad que



## Fernando Cuadra

Por MARIO CRUZ

solo se realizó cuando lo hizo la vez posterior. Sonrió y me dijo: "Es bonita".

Y de súbito, el dolor, la quiebra de su hogar y la evolución increíble de su madre, de criatura frágil a mujer energética, decidida a defender la felicidad de su hijo. Luego del funeral del padre, con voz serena, sin desmayos, les dijo: "Se terminaron los padres. No quiero que más tarde nadie me diga: 'gracias a mi estudiante'. Yo los educare. Ahora ustedes al colegio".

A los quince años Fernando creyó haber escrito la obra definitiva: "La Señorita Gómez y el mar", y segura de su evidente genialidad se la entregó a su profesor de literatura. Recibió el veredicto tembloroso.

—Qué prebondo, Cuadra, esa es, net! Mire, usted nunca podrá escribir ni medianamente bien una carta.

Y llevó razón. Todavía no es capaz de escribir una carta pasable. En 1948 ganó el Premio de Teatro Experimental tal como su tragedia "Las Medias"; a poco tiempo volvió a triunfar con "Las morallas de Jerico".

—Fue una de los fracasos más

rotundos y definitivos del teatro de entonces. ¿Cómo me impresionaron los críticos? ¿Cómo se hicieron los cronistas? ¡Con qué facilidad me arrebataban signos de los que consideraban estrenos!... Y la obra no era mala. No. La he releído. Tiene los defectos naturales de inmadurez, de todo autor joven: demasiada ambición, demasiada profusión y diversión en la estructura y en la nomenclatura, demasiada y dolorosa humanidad. No, no era mala. Pueden matar su director, ya voluntaria, la escenografía, la música rápidamente a un director inglés rayado y lirizoso. No fue un error; fue la más violenta y consciente mazurca que se podía hacer con una obra naciente. Pero seguir escribiendo. El orgullo y el temor que mi madre había puesto en mí, no lo aliviaba ese primer y rotundo fracaso.

Cuadra es emotivo, apasionado, metódico, vagabundo, y largorro. Confiesa que muchas veces se ha quedado solo, desalentado, casi enfermo de tristeza y vaciedad, pero que nunca ha perdido el optimismo, la fe en el hombre. Antes de escribir necesita caminar sin rumbo fijo. Cuadra ha determinado el lugar en que vivir

rán sus personajes se dirige hasta allí para impregnarse del ambiente, las risas, el olor, y lo hace a las más diferentes horas. Las actividades de Cuadra son muchas y es milagroso que el día le permita hacer tantas cosas. Es profesor en el Internado Nacional Barros Arana, corrige pruebas, ensaya y realiza funciones con su grupo teatral "Arlequín"; está adaptando para la compañía de Américo Vargas la novela "Los últimos días", de Fernando Rivas, convierte en guión cinematográfico su obra "El Andamio", los versos, durante dos horas le hace clases de literatura a la actriz Pury Durante; le queda tiempo para leer —posee una biblioteca con dos mil volúmenes —y "si pudiera iría todos los días al cine". También se preocupa de "Nicanor", el perro regalo de la familia, y de los canarios papirreos que le conserva el campo en la ciudad. Solo le falta ser nocturno; siendo un gran respiro por los transeúntes: "son unos locos". Es profesor hace cuatro años y ha fallado apenas tres días "para operarme". Nunca le han felicitado por tal record.

Cuadra tiene 40 años: "Soy más joven que Víctor Gassman" —aclara con cierta coquetería—, y luego nos cuenta que tan pronto estrenaron la primera película de "Los Beatles" corrió con su sobrina a verla, "porque un profesor debe estar al día en todo". Y cuando sus alumnos le preguntan qué opinaba de los cantantes, "Son estupendos", respondió con entusiasmo. Cuando habla de teatro, sus opiniones son catégoricas. Pienso que escribe muy poco del andar, magnífico y revolucionario Teatro Experimental, hoy convertido en un señor burgués con nombre de jubilado: Instituto del Teatro, que éste no ha sido capaz de aumentar el escenario teatral y que su apoyo a los dramaturgos nacionales es ínfimo, discutible y nula de acuerdo a sus posibilidades.

Fernando Cuadra es autor de veinte obras de teatro; le han entregado diez. Recientemente ganó el primer premio del concurso de la SATCh (Sociedad de Autores Teatrales de Chile) con "La Niña", un drama que impresionó en tal forma al jurado que decidió aumentar el premio del quinientos a setecientos pesos. Cuenta la historia de una adolescente malhecha por el cine erótico y los libros, perturbados que ofrecían la radio y las revistas. La acción ocurre en el barrio Estación Central, el mismo en que vive Cuadra. Tal vez el lugar excite sea Málbecas con Erasmo Escata, "con sus posadas de frutas, bodegas equivocadas, casas de cervezas y el ruido de los muchachos garabatos en donde desabellan auténticos". Es una obra amarga, cruda. En ella la muchachita consolada a un chotón, a un hombre casado, luego de una relación íntima, éste le pregunta: "¿No querías?", y ella responde: "Yo no he venido a querer sino a saber". Dio da una idea del vigor con que Fernando Cuadra enfrenta la realidad.

—Pero yo creo profunda, intensa, dolorosamente en el ser humano, con todas sus posibilidades e imperfecciones; y pienso que ha de llegar el momento en que el hombre sea realmente para qué y por qué vive. El teatro para mí, es el más recto sentido del vocablo, es y debe ser moral, profundamente moral. Rechazo con vigor el concepto del arte por el arte, y accepto el teatro como denuncia de una realidad que es preciso mejorar... ¡Explicaría estos hechos mi obra teatral!... "Significó algo en la evolución de nuestro teatro? No lo sé, pero cuando yo también partía "decimando como los hijos de la mar", ojalá no me recuerde diciendo: "intendí hacer algo".

## Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Cruz, Mario

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1965

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)